

izquierda el convento de San Francisco. Una vez tomados estos edificios, ya era posible desembocar en el *Coso*, y quedaba en nuestro poder la principal y mas ancha calle de lo interior.

Nuestros soldados empezaron, pues, á caminar de casa en casa por ambos lados de la mencionada calle, á fin de llegar sucesivamente á los vastos edificios que importaba ocupar. Cuando se lograba entrar en una de ellas, ora por las aberturas que habian practicado los españoles, ora por las que hacian nuestras mismas tropas, lanzábanse estas sobre los defensores á la bayoneta, pasábanlos por las armas si lograban darles alcance, ó se limitaban únicamente á desalojarlos. Frecuentemente solian dejar, sin embargo, detrás de sí, bien en los sótanos ó bien en los desvanes, algunos tenaces enemigos que se obstinaban en quedar en las casas cuyo primero y segundo piso habian sido ya conquistados, y entonces confundíanse unos con otros, y nuestros soldados tenian bajo sus pies ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos, y los cuales, acostumbrados á aquella clase de guerra, y familiarizados con los peligros que ofrecia, desplegaban una inteligencia y un valor que no se les habia visto en la llanura. Nuestros soldados á fuer de valientes en toda especie de combate, y ganosos de abreviar la lucha, empleaban entoncez diversos medios. A veces solian poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habian conquistado, y hacian saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otras hacian uso de la mina, y entonces volaba el edificio entero. Mas cuando la destruccion era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierto

de los tiros de fusil, y la esperiencia de algunos dias les enseñó ademas á no cargar la mina con exceso, y no hacer mas estrago que el preciso para abrir una brecha.

De esta suerte prosiguieron avanzando por la calle de Santa Engracia hasta llegar al convento de Jerusalem, en el cual se trató de penetrar por medio de la mina. Nuestros minadores no tardaron en notar que por el lado inverso trataba de hacer otro tanto el enemigo, y adelantándose á cargar sus hornillos, dejaron sepultados á los españoles en la mina que ellos habian practicado. En seguida abrióse una brecha en el convento, y penetrando en él á la bayoneta, mataron los franceses un considerable número de hombres, y cogieron unos cuantos prisioneros. Desde el convento de Jerusalem se pasó al hospital de locos, el cual se hallaba igualmente á la derecha de la calle de Santa Engracia. Era preciso, empero, abrir un camino cubierto que condujera al lado izquierdo de la calle, á fin de llegar al gigantesco convento de San Francisco, cuya posesion debia facilitarnos la entrada en el *Coso*, de consiguiente, empezóse á minar en esta direccion.

Mientras que en el ataque del centro se iba marchando de convento en convento hacia el *Coso*, disputábase y obteníase el triunfo en el ataque de la derecha por los mismos medios. Los conventos de Santa Mónica y los Agustinos habian caido en nuestro poder, contraminando á los españoles y dejándolos sepultados entre las ruinas; este éxito debimoslo á la inteligencia y habilidad de nuestros minadores. En seguida habíase continuado avanzando por las calles de Santa Mónica y de San

Agustin. Los españoles habian imaginado un nuevo expediente para retardar nuestros progresos; á saber, el de incendiar sus casas, las cuales ardian lentamente, é impedian por esta razon que se penetrase en ellas. Cuando tal se hacia, veianse nuestros soldados en la precision de caminar por las calles, cubriéndose con sacos de tierra. Mas los primeros hombres que se presentaban antes de resguardarse con los espaldones, quedaban, á ciencia cierta, muertos ó gravemente heridos. Al mismo tiempo, y penetrando por una de las dos brechas practicadas en el ataque del flanco derecho, avanzaba una parte de nuestras tropas por las calles de Santa Mónica y San Agustin hácia el *Coso*, al paso que por la otra brecha, y tomando la calle de Quemada, se dirigian al mismo punto nuevas fuerzas, pasando del uno al otro lado, ora por debajo de tierra con auxilio de la mina, ora á descubierto y resguardadas con espaldones. De esta manera logramos llegar por aquellas diversas calles á dos grandes edificios que lindaban con el *Coso*, y de los cuales formaba el fondo el uno, y el otro se hallaba á un costado. Allí hubo que luchar en valor, en artificio, en la violencia de los medios, minando unas veces, contraminando otras, y tan pronto atacándose á la bayoneta, como disparándose á quemaropa. En aquellos mil combates, singulares y extraordinarios hasta un punto que no puede concebirse, nuestros soldados llevaban casi siempre la ventaja, merced á su osadía é inteligencia; y si bien es verdad que sucumbia frecuentemente un número considerable, consistia solo en que, impacientes por lanzarse al ataque, se presentaban á descubierto ante un enemigo que siempre esta-

ba resguardado. Desde que habia empezado la guerra de las casas, perdimos, cuando menos, cien hombres entre muertos y heridos; pero los españoles, que tenian que arrostrar el doble peligro del fuego y de la epidemia, veian entrar diariamente en sus hospitales hasta el número de cuatrocientos hombres. En uno de estos ataques fué donde murió herido de un balazo en la frente el bizarro y hábil general Lacoste. El coronel Rogniat le reemplazó en el mando, y fué herido á su vez. El gefe de batallón Haxo, lo fué igualmente.

Las operaciones de esta especie absorbieron el tiempo trascurrido desde el 26 de enero, dia del asalto general, hasta el 7 de febrero, en el cual se atacó por fin el arrabal de la márgen izquierda. El mariscal Lannes habia ordenado al general Gazan que desplegase la mayor actividad hácia el mencionado punto, y este gefe, sin apearse del caballo á pesar de hallarse enfermo, y secundado por el coronel Dode, se halló bastante cerca del arrabal en la jornada del 7 para batir en brecha el convento vastísimo de Jesus, el cual no estaba lejos del Ebro y si muy próximo á otro cuya posesion debia ser decisiva para la conquista del arrabal. El dia 7 logróse, en efecto, que jugaran veinte piezas de artillería de grueso calibre, abrir con ellas al cabo de dos horas una ancha brecha en el convento que deseábamos tomar, y desalojar de él á cuatrocientos españoles que lo ocupaban. Acto continuo lanzóse sobre el edificio una columna de cazadores, la cual tardó bien poco en apoderarse de sus claustros. Habiendo querido, empero, por un exceso de ardor, franquear aquel y dirigirse mas allá, ora sobre las casas del arrabal, ora sobre el segundo

convento, cuya conquista era de tanta importancia, vióse precisada á retroceder: en vista de lo cual decidióse dirigir desde el convento que se hallaba en poder de nuestras tropas los trabajos de aproximacion al segundo, que era el de San Lazaro, y el cual se hallaba situado á la orilla del Ebro, y apoyado en la cabeza misma del puente grande por uno de sus extremos. Desde alli podíase muy bien hacerse dueños del puente, cortar la retirada á los defensores del arrabal, y apoderarse de él con una sola embestida. Toda la artillería de la orilla derecha fué enviada al instante al general Gazan para que ejecutase lo antes posible operacion tan importante.

En lo interior de la ciudad continuaba la guerra subterránea que ya hemos descrito con el mismo encarnizamiento. Con todo, así de una parte como de otra empezaban á sentirse ya los padecimientos cruelmente. La epidemia se enconaba terriblemente dentro de los muros de Zaragoza. Mas de quince mil hombres, de los cuarenta mil que contribuian á la defensa, se hallaban ya en los hospitales. Los habitantes inactivos morian sin que nadie se cuidase de ellos. Faltaba el tiempo para enterrar los cadáveres y recoger los heridos. Dejabaseles en medio de los escombros, desde los cuales esparcian una infestacion horrible. El mismo Palafox, á quien habia invadido la enfermedad reinante, hallábase á las puertas de la muerte, sin que la firmeza del mando se resintiese por ello. Los frailes, que tanta influencia ejercian sobre aquel, proseguian siendo todopoderosos sobre el populacho, y mandaban ahorcar á todos los individuos acusados de desfallecimiento. La mayoría

de la poblacion pacífica profesaba un profundo horror á semejante régimen, sin atreverse á demostrarlo. Los desgraciados de Zaragoza erraban como sombras en el seno de la ciudad desolada.

Cuando se llega á tal extremo, nadie piensa mas que en los padecimientos propios, sin cuidarse de medir la estension de los del enemigo, lo cual impide apreciar exactamente la situacion. Ignorando, pues, nuestros soldados lo que pasaba en lo interior de Zaragoza, y viendo que despues de cuarenta y tantos dias de lucha solamente habian logrado conquistar dos ó tres calles, preguntábanse unos á otros qué iba á ser de ellos si la ciudad entera habia de ser conquistada por medios análogos.—Todos vamos á perecer aqui, decian. ¿Habrás visto jamás modo semejante de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros gefes? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no se aguarda á que lleguen nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á esos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes? ¿No podria dispendiarse de una manera mas útil para el emperador nuestra vida, que segun dicen, le debemos, y la cual no rehusamos sacrificar por é?—Tal era el lenguaje que usaba en los vivaques todas las noches, la mitad de las divisiones Grandjeau y Musnier, á la cual le tocara el turno de reposo. Lannes procuraba y conseguia calmarlos y reanimarlos con sus palabras.—Cierto, que sufris extraordinariamente, amigos míos, les decia: mas, ¿creéis acaso que el enemigo se halla libre de padecimientos? Para un hombre que vosotros perdais, él pierde

cuatro. ¿Suponeis, por ventura, que ha de defender todas sus calles con el mismo teson que ha defendido algunas de ellas? Su energia tiene un término, y dentro de pocos dias os vereis triunfantes y poseedores de una ciudad, en la cual tiene cifradas la nacion española todas sus esperanzas. Vamos, amigos míos, valor, añadia: haced unos pocos esfuerzos mas, y dentro de poco habreis tocado el fin de todas vuestras penas, y de todos vuestros trabajos. —El heroico mariscal, sin embargo, estaba muy lejos de pensar lo que le decia. General para con ellos, pero soldado para con el emperador, escribale que ignoraba cuando terminaria aquel terrible sitio, y que era imposible designar un término, por cuanto habia casa cuya conquista se llevaba dos ó tres dias.

Esto no obstante, ni Lannes ni sus soldados se mostraban menos activos ni menos animosos. En el ataque del centro, y mientras se estaba abriendo paso desde el hospital de locos al vasto convento de San Francisco, échase de ver que los sitiados minaban tambien por el lado donde se hallaban. En esta atencion cargóse nuestra mina con tres mil libras de pólvora, y á fin de que los estragos fuesen mayores, fingióse un ataque abierto con la intencion de atraer mayor número de enemigos. Centenares de españoles ocuparon inmediatamente todos los pisos, y nos aguardaban á pie firme. Dando entonces orden el mayor de ingenieros Breuille para que se prendiese fuego á la mina, oyóse de allí á poco una espantosa explosion que estremció á la ciudad entera, y una compañía del regimiento de Valencia voló por los aires sin que se libertara ni un soldado con los res-

tos del convento de San Francisco. Todos los corazones se hallaban helados de espanto. Acto continuo lanzáronse nuestras tropas á la bayoneta al través de los escombros, del incendio y de las balas, y lograron desalojar á los españoles. Habiéndose, empero, refugiado muchos en un campanario y sobre el tejado de la iglesia del convento, practicaron una abertura desde la cual arrojaban tantas granadas de mano á nuestras tropas, que las obligaron á retroceder por un instante. Con todo, habíamos quedado ya dueños del puesto, y á pesar de todas sus resistencias, nos hallábamos, por fin, al lado del *Coso*. Sin perder momento, procedióse á minar nuevamente para pasar por debajo, y para hacer saltar con explosiones todavía mas terribles ambos lados de aquel paseo público.

Por el ataque de la derecha habíamos logrado igualmente llegar á él, siguiendo la calle de Quemada, la de Santa Mónica y la de San Agustin. Nuestras tropas habian tomado el colegio de los Esculapios, minaron en seguida el vasto edificio de la Universidad, y se dirigieron parte de ellas hácia el Ebro, para cooperar al ataque del arrabal. El dia mismo en que éste cayese en nuestro poder, debia estallar la mina de la Universidad.

Era el 18 de febrero. Cincuenta dias habian transcurrido ya desde que nos hallábamos atacando á Zaragoza; de ellos habíamos invertido veinte y nueve en penetrar por sus murallas, veinte y uno en avanzar por sus calles, y se aproximaba el momento en que, agotado el valor del enemigo, debia encontrar en algun gran incidente del cerco una razon decisiva para rendirse. En el mismo dia 18 debia estallar la mina de la Universidad, y

nuestras tropas apoderarse en el arrabal del convento, cuyas paredes tocaban al puente del Ebro. El mariscal Lannes, montado en su caballo, y llevando al lado suyo al general Gazan, mandó dar principio al ataque del arrabal por la mañana. Las murallas, construidas con ladrillo, tenían cuatro pies de espesor. A las tres de la tarde habíase ya conseguido abrir brecha. Un batallón del 28.º y otro del 403.º se lanzaron sobre ella á paso de carga, y penetraron dando muerte á trescientos ó cuatrocientos españoles. Si la brecha hubiese sido bastante ancha para permitir el paso á toda la división Gazan, otro tanto les hubiera sucedido á los siete mil hombres que defendían el arrabal, por cuanto se podía pasar muy bien del convento al puente, é interceptar así el paso de aquel á la ciudad. Con todo, introdujose toda la fuerza que se pudo, y desde el convento se pasó al puente. Viendo la guarnición del arrabal que se le había cortado la retirada, intentó abrirse camino, lanzando tres mil hombres sobre el puente. Al llegar cerca de nuestras tropas quisieron estas detenerlos; y mezclándose las unas con los otros, logróse acuchillar algunos, y gran parte consiguieron pasar al otro lado. Los cuatro mil restantes que se quedaron en el arrabal se vieron obligados á entregarlo y á deponer las armas.

Esta operación brillante y decisiva, dirigida por el mariscal Lannes, no nos costó mas que diez muertos y cien heridos. Merced á ella, habíase quedado la población sin su asilo principal, y la ciudad espuesta á todos los fuegos de la orilla izquierda. En tanto que se efectuaba en el arrabal este acontecimiento, las tropas del general Gazan,

que se mantenían firmes sobre las armas, aguardaban el momento en que la mina de la Universidad estallase, para precipitarse sobre sus ruinas. El edificio se voló efectivamente, á impulsos de una carga de mil quinientas libras de pólvora con un estruendo horrible, y lanzándose al punto al asalto el 14.º y el 14.º de línea, se apoderaron de la cabeza del *Coso*, y de los dos costados. En el ataque del centro, solamente faltaba un día para destruir por los mismos medios el paseo.

Por obstinado que fuese el valor de aquellos frailes y de aquellos paisanos, que habían trocado con regocijo la monotonía del convento ó la ruda vida de los campos por las emociones de la guerra, su furor no era posible que se conservase entero ante los repetidos reveses del 18. Escasamente quedarían en pie una tercera parte de los que combatían. Los habitantes pacíficos se hallaban entregados á la mas honda desesperación. Palafox estaba moribundo: cediendo al fin la junta de defensa á tantas calamidades reunidas, resolvió capitular, y envió, al efecto, un parlamentario que se presentó á nombre de Palafox. Los infortunados defensores de Zaragoza habían repetido tantas veces que los ejércitos franceses se hallaban derrotados, que acabaron por creerlo. El parlamentario se presentó, pues, á solicitar que se les permitiese mandar un emisario á las cercanías de Zaragoza para saber si los ejércitos españoles estaban dispersos, y si la resistencia de aquella desgraciada ciudad era realmente inútil. Lannes respondió, que jamás daba su palabra en vano, ni para un ardid de guerra, y que debía creérsele, por ende, cuando afirmaba que los españoles se encontraban vencidos

desde los Pirineos hasta Sierra Morena; que los restos del ejército de la Romana habian caído en nuestro poder; que los ingleses se habian embarcado; y que el duque del Infantado ya no tenía ejército. A esto añadió, que era preciso que se rindiesen sin condiciones, porque de lo contrario haría estallar al siguiente día todo el centro de la ciudad.

En la mañana del 20, la junta se dirigió al campo y consintió en la rendición de la plaza. Convino en que los restos de la guarnición saldrían por la puerta principal, esto es por la del Portillo, en que depondrían las armas, y en que serían prisioneros de guerra, á menos que no quisiesen pasar al servicio del rey José.

El 21 de febrero desfilaron diez mil infantes y dos mil jinetes, pálidos, flacos, abatidos, por delante de nuestros soldados, que se conmovieron de piedad al verlos, y los cuales entraron en seguida en la ciudad infortunada, cuyo aspecto tan solo ofrecía ruinas llenas de cadáveres en estado de putrefacción. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados en los muros de Zaragoza, cincuenta y cuatro mil habian perecido. Una tercera parte de los edificios de la ciudad estaban arruinados; las otras dos, acribilladas de balas, anegadas en sangre, é infestadas de mortales miasmas. El corazón de nuestros soldados se conmovió profundamente. Y eso que ellos tambien habian sufrido crueles pérdidas. De catorce mil hombres que habian tomado parte activa en el cerco, tuvieron mas de tres mil fuera de combate. De cuarenta oficiales de ingenieros habian sido muertos ó heridos veinte y siete, contándose entre los primeros el ilustre y

desgraciado Lacoste. La mitad de los soldados del mismo cuerpo habian sucumbido. Ningun otro sitio podia presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza; para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, era preciso remontarse á tres ejemplos, como Numancia, Sagunto ó Jerusalem. Y á decir verdad, aun sobrepujaba el horror del acontecimiento moderno, al horror de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destrucción inventados por la ciencia. ¡Tales son las tristes consecuencias del choque de los grandes imperios! Los príncipes y los pueblos suelen engañarse, ha dicho un escritor antiguo, y millares de víctimas sucumben inocentemente por su error.

La resistencia de los españoles fué prodigiosa, principalmente por la obstinación, y atestiguó que se hallaban dotados de tanto valor natural, como falta de valor adquirido, que es el que constituye la fuerza de los ejércitos regulares, revelaba su conducta en campo raso. Pero el valor de los franceses, que en número de quince mil hombres atacaron á cuarenta mil enemigos atrincherados, era mucho mas extraordinario aun, puesto que se batían sin ferocidad, sin fanatismo, y únicamente por aquel ideal de grandeza, cuyo emblema glorioso eran entonces sus banderas.

Tal fué el fin que tuvo en la Península esta segunda campaña, la cual empezó en Burgos, Espinosa y Tudela, y fué notable por la presencia de Napoleón en España, por la retirada precipitada de los ingleses, y por una nueva y aparente sumisión de los españoles al rey José. Los maniobras de Napoleón eran admirables, y lo mismo sus tropas:

con todo, por grandes que fuesen los resultados, estaban muy lejos de igualar á los que habíamos obtenido contra las tropas sábiamente organizadas del Austria, de la Prusia y de la Rusia. No parecia sino que tanta ciencia, tanta esperiencia, y tanta bravura, habian fracasado contra la inesperencia y la desorganizacion de los ejércitos españoles, como la habilidad de un maestro de armas se estrella á veces contra la torpeza de un hombre que en su vida manejó la espada. Los españoles no se sostenian firmes en campo raso, sino que antes bien huian, abandonando sus fusiles, sus cañones y sus banderas; mas no se lograba cogerlos, y restaba que vencer, por tanto, sus vastas llanuras, sus arduas montañas, su clima devorador, su odio al extranjero, y su aficion á volver á empezar un género de aventuras, en las que solo habian experimentado la pena de huir, lo cual era fácil á su agilidad y á su desnudez: ¡de vez en cuando, restaba tambien que vencer alguna resistencia detrás de las murallas, como la de Zaragoza! Verdad es, sin embargo, que Zaragoza era el esfuerzo último de aquel género, que habia que temer de parte de los españoles. Por infatigables y ciegos que fuesen, podíase, al fin, cansarlos, iluminarlos, y hacer que apreciase las ventajas del gobierno que les llevaba Napoleon por intermediacion de su hermano. Despues de los acontecimientos de Espinosa, Tudela, Somosierra, la Coruña, Uclés y Zaragoza, mostrábanse, en efecto, abatidos y desalentados, momentáneamente al menos; y á no ser que la política general acudiese en su auxilio á fuerza de nuevas complicaciones, iban á ser otra vez regenerados por una dinastía estrangera. Pero el secreto

del destino no se habia penetrado hasta entonces, y era impenetrable. Habiendo recibido Napoleon una carta del príncipe Cambaceres, el cual le manifestaba sus deseos de que le fuese el año próximo, habiale contestado: para que podais manifestarme ese mismo deseo otras treinta veces, es preciso ser cuerdo. Mas, despues de haber comprendido que la cordura era necesaria, ¿sabria él serlo? En esto, repetimos, estrivaba la cuestion, la cuestion única. Solamente en sus manos, despues que en las de Dios, se hallaba el destino de los españoles, de los alemanes, de los polacos, de los italianos, y desgraciadamente, el de los franceses tambien.

Mientras que sus ejércitos, despues de haber tomado un corto tiempo de reposo, se aprestaban para dirigirse, el del mariscal Soult de la Coruña á Lisboa, el del mariscal Victor de Madrid á Sevilla, y el de Aragon de Zaragoza á Valencia, bueno será que nosotros sigamos á su persona desde las cimas de Guadarrama á las márgenes del Danubio; desde Somosierra á Essling y á Wagram. Por ende todavía le era lícito esperar algunos dias felices, por que aun era tiempo de ser cuerdo, y las últimas faltas, las faltas irremediables, no se habian aun cometido. No era imposible, en efecto, por mas que fuese dudoso, á juzgar por la marcha que imprimia á las cosas, que la España fuese regenerada por sus manos, que la Italia se emancipase de los austriacos, que la Francia se conservase tan grande como él la habia hecho, y que su tumba se encontrase en las márgenes del Sena, sin haber reposado ni un momento á las estremidades del Océano.